



EL CORONEL Y LA ESCRIBIDORA

Ataúlfo Sanz

Muchos años después, sentado frente al mercado de As Burgas, el coronel Aurelio García habría de recordar la mañana en que encontró el amor en los tiempos del cólera. Así, imitando burdamente a Gabriel García Márquez, que había fallecido recientemente, comenzaba la carta que el coronel recibió de Rosario la escribidora unos meses después de que ella dejara repentinamente Ourense.

El coronel, como todos sus amigos llamaban a Aurelio, había llegado a la ciudad gallega procedente de Madrid para tomar las aguas termales y había terminado por quedarse a vivir.

Para un hombre como él, acostumbrado a la

tranquilidad y a la soledad, residir en una ciudad pequeña tenía más ventajas que inconvenientes y Ourense contaba con el añadido de tener las mejores aguas termales del país dentro del casco urbano.

Como buen jubilado, el coronel pasaba sus días entre paseo y paseo. Paseaba por la mañana para ir al mercado a hacer la compra; paseaba por la tarde para ir al centro de mayores; paseaba por la noche antes de acostarse para dormir mejor... y así, entre caminata y caminata, iban pasando los días y los meses hasta que sin darse cuenta el coronel hizo su primer año en la ciudad.

La mañana de su primer aniversario en la ciudad el coronel se despertó de unos sueños agitados, empapado en sudor y con el corazón latiendo

más deprisa de lo normal. Había soñado que moría solo en su cuarto y que pasaban los días sin que nadie viniera a reconocer su cadáver ni a darle cristiana sepultura. Después de levantarse y asearse, se sentó a desayunar en la pequeña mesa de la cocina, que casi nunca usaba y comenzó a pensar que la pérdida es una constante en la vida del ser humano. Se comienza por perder a un ser querido, una madre, un padre, un hermano o un amigo, y luego en un lento e inexorable goteo empiezan las pérdidas de vista, de cabello, de movilidad y hasta de orina... hasta que al final el hombre se ve solo, en una cama de hospital en el mejor de los casos, esperando que la muerte venga a visitarlo.

El coronel había comenzado pronto con las primeras pérdidas familiares e incluso con las de su propio cuerpo, pues ya le fallaba el oído y la alopecia se había llevado por delante su antaño famoso tupé de estrella de rock.

Pero él no estaba dispuesto a caer en la apatía y por eso aquella mañana salió de casa precipitadamente y sin saber muy bien cómo, llegó al mercado de As Burgas y empezó a pasear por el rianxo, entre los puestos de flores, frutas, hortalizas y pan, que dejaban en el aire un inconfundible aroma a leña y campo.

El mercado de As Burgas, rodeado siglos atrás por viñedos y campos de cultivo, estaba ahora plenamente integrado en el centro de la ciudad y su edificio principal más parecía un palacio modernista que una plaza de abastos.

Aurelio deambuló entre los puestos de flores del exterior del mercado, sin saber a dónde ir ni qué hacer hasta que en un descuido se dio de bruces con una mujer a la que casi tiró al suelo. Ella, sobresaltada por el encontronazo, se incorporó lo mejor que pudo, ayudada por las amigas con las que paseaba.

— ¡Mire usted por dónde va, hombre, que casi me manda al hospital! — le gritó en un perfecto castellano.

— No sabe cómo lo siento, de verdad. Esta mañana iba distraído y no me di cuenta.

— ¡Pero no se puede ir así por la vida, majo! Imagine que me hubiera caído y me hubiera roto una pierna...

— Lo bueno es que no se la ha roto. Ya le digo que lo siento. Si puedo hacer algo para que

me perdone..—insinuó el coronel como quien no quiere la cosa.

— Pues por lo pronto podría invitarme a cenar esta noche, si no tiene inconveniente. Por cierto, majo, me llamo Rosario Velasco y soy de Valladolid.

A pesar de ser madrileño, el coronel tenía mucho del carácter castellano, seco y cortante, por eso la rápida respuesta de Rosario le dejó bastante descolocado, máxime teniendo en cuenta que el grupo de mujeres con las que paseaba ella no paraban de reír a carcajadas ante la ocurrencia. No obstante, el coronel supo reaccionar con dignidad y sin sobresaltarse sacó del bolsillo una pequeña libreta que siempre le acompañaba y con sumo cuidado anotó una dirección en una hoja que después arrancó y entregó a Rosario.

— Nos vemos a las ocho en esta dirección — dijo— que a mí me gusta cenar pronto.

Y sin esperar respuesta dio media vuelta y se alejó del grupo exhibiendo en su cara una media sonrisa, entre triunfalista y maliciosa.

La cena tuvo lugar en un recoleto restaurante del centro de la ciudad, cuyos dueños eran amigos de Aurelio. Como la temperatura en el local no era muy alta, Rosario tiritaba mientras comía y dejaba entrever sus labios carnosos que tenía la costumbre de morderse cuando no hablaba. Llevaba un traje azul de manga corta y sus cabellos negros caían simétricamente a ambos lados de su cabeza, separados por una raya fina que se hundía ligeramente siguiendo la curva del cráneo. Colgada de su cuello, una cadena dorada sujetaba unas gafas que caían despreocupadas sobre sus pechos.

Cuando, después de saludar en la cocina al cocinero, Aurelio volvió al comedor encontró a Rosario asomada a la ventana del restaurante contemplando los setos de hortensias que había frente al local. La cara de felicidad de la mujer era el reflejo de cómo estaba su alma y Aurelio contagiado por la dicha que ella emanaba, no podía tampoco dejar de sonreír con una de esas sonrisas tontas que denotan el enamoramiento.

Como era previsible, la noche terminó en el hotel de Rosario, pero como su habitación era compartida por otra mujer de su grupo de

amigas, el coronel se despidió en la puerta, no sin antes haber quedado para el día siguiente. Sin importarle lo más mínimo el viaje por Galicia que tenía organizado y su grupo de amigas, Rosario fue al encuentro del coronel y juntos pasaron no solo un día sino toda una semana visitando la ciudad y conociéndose entre ellos. Cuando llegó el día en que Rosario debía volver a casa, los dos tenían claro que querían estar juntos. En silencio llegaron a la estación de autobuses y buscaron el coche que correspondía, pero una vez delante del vehículo Aurelio cogió la maleta de ella y sin mediar palabra enfiló el camino de vuelta a casa seguido de cerca por Rosario, quien después de la sorpresa inicial se mostraba muy complacida, como si supiera de antemano lo que el destino le tenía reservado. Las semanas siguientes fueron una prolongación de la euforia del primer encuentro. Los caminatas en solitario se tornaron paseos compartidos; los juegos de cartas en el hogar del jubilado en competiciones en pareja y las visitas al mercado en una aventura cuyo principal objetivo era salir de allí con algo diferente para comer cada día. Juntos probaron excelentes quesos gallegos, mejillones de batea, carnes de ternera, kiwis del norte y el sublime pan de Cea con el que todas las mañanas desayunaban juntos.

Vivían cada día como si fuera el último, aprovechando cada minuto que estaban juntos, que eran prácticamente todos. Y así estuvieron hasta el día en que Rosario se fue de casa y dejó de responder a los mensajes y llamadas que Aurelio le hacía al móvil.

“He querido comenzar recordando a García Márquez porque sé que es un escritor que te gusta mucho. Yo, como sabes, no soy más que una muchachita de Valladolid, maestra jubilada y escribidora aficionada, que para mi desgracia nunca me había sentido como me siento ahora. Y todo gracias a ti.

Mi vida ha estado siempre marcada por el número siete. La numerología es una ciencia cuyo estudio se pierde en la noche de los tiempos. No es una religión, ni un dogma de fe, pero los que creemos en los números somos fervientes adoradores de la cifra, del número simple al que puede reducirse cualquier acontecimiento que ocurre en nuestras vidas,

cualquier palabra, porque cada letra tiene un valor numérico y todo es reducible a un solo dígito..... Yo nací un 7 del 7 del año 1947. Los que creemos en la numerología consideramos que el Universo entero está influenciado por los números y que cada uno de ellos provoca efectos distintos sobre los seres humanos. El 7, por ejemplo, es el número de los triunfadores, es la suma de lo divino y lo terrestre, del 3 y del 4. Además, el 7 es cabalístico y está presente en nuestras vidas de una forma persistente... Siete son los días de la semana, los pecados capitales, las maravillas del mundo y hasta las vidas que tiene un gato, aunque todos sabemos que si al animal le pegas un tiro no hay dios que le haga revivir....”

El coronel dejó la carta que estaba leyendo sobre la mesa para enjugarse dos lágrimas que se precipitaban irremisiblemente por sus mejillas secas. Él, que nunca había llorado, estaba experimentando en sus propias carnes el alivio del luto sin saber si quiera si lloraba por una muerta o por una viva. Lo importante es que después de tanto tiempo, Rosario se había puesto en contacto con él y en algún momento tendría que explicar por qué se fue de repente y a dónde se había ido. Aunque la carta la había traído un mensajero y no tenía remite ni matasellos, estaba claro que la había escrito ella.

“Recordarás sin duda el día en que me fui de tu casa porque también era una fecha señalada: el 11 del 11, día de San Martín de Tours. Como el santo patrón de Ourense, yo también tuve una aparición, un presentimiento o llámalo como quieras. La cuestión es que en mi cabeza se encendió una luz en un momento dado y decidí dejarlo todo para cumplir mi destino. Sé que no lo entenderás porque yo tampoco lo entiendo muy bien; la vida es así de injusta. Todos estos meses que hemos pasado juntos han sido para mí como un sueño, pero ha llegado el momento de despertar y volver a la realidad. Te pido que no me busques, ni intentes contactar conmigo; es mejor que recuerdes los momentos felices que tuvimos y me olvides cuanto antes. Yo por mi parte solo puedo decirte que contigo he estado en la gloria, de verdad, pero ahora me encuentro –ironías de la vida- precisamente a las puertas del paraíso”.

Por más vueltas y vueltas que le diera y más veces que leyera la carta de Rosario, Aurelio seguía sin comprender nada. De la noche a la mañana, esa mujer con la que compartía su vida se había vuelto para él una perfecta desconocida. En su cabeza resonaban una y otra vez las palabras de la escribidora, como ella se hacía llamar, especialmente aquellas tan enigmáticas con las que terminaba su carta.

Sentado en el sofá de su casa, con la cabeza entre las manos, el coronel no paraba de pensar en dónde podría estar Rosario. "¿Qué paraíso podría ser mejor que el cielo que había tocado con él en Ourense?" - pensaba una y otra vez intentando encontrar la clave que le llevara hasta ella.

Sin razón aparente, el coronel se puso a rememorar su primer encuentro. Recordó cómo pasaba por los puestos del mercado de As Burgas y cómo en un momento dado se encontró a Rosario a sus pies, rodeada de gente que reía y ella le conminó a invitarla a cenar incluso antes de decirle su nombre. De pronto se acordó de que Rosario era vallisoletana y una luz se encendió en su cabeza.

Como si estuviera poseído por el espíritu de un atleta etíope, el coronel salió disparado de su casa y se dirigió a la estación de tren, donde compró un billete y al poco tiempo estaba subido a uno de los trenes directos que une las dos ciudades en poco más de seis horas.

Cuando al fin desembarcó en Valladolid ya casi era media noche. En la estación no había nada abierto y las pocas personas que la habitaban descansaban como podían sobre los incómodos bancos de plástico. Frente a la puerta de salida, había una parada de taxi y aunque no tenía claro por dónde empezar a buscar a Rosario, se dirigió al primer coche de la fila y se subió en el.

- Buenas noches- le dijo al taxista con una voz tan imperceptible que casi no se oyó.

- ¿Cómo ha dicho? - le respondió el conductor como si acabaría de despertar tras una cabezadita.

El coronel no le respondió, absorto como estaba en sus pensamientos y el taxista arrancó el coche.

- ¿A dónde vamos jefe? - volvió a preguntar el hombre.

- Al paraíso - respondió lacónico el coronel recordando las últimas palabras que Rosario había escrito en la carta.

- ¿A la calle Paraíso, me ha dicho? Ante la falta de respuesta, el taxista arrancó su vehículo y al cabo de unos veinte minutos conduciendo paró en medio de una pequeña calle que estaba casi vacía. Sólo la luz que salía de las ventanas de algunos bares permitía imaginar que la calle estaba viva.

- ¿Dónde le dejo? - volvió a preguntar el taxista.

- Aquí mismo. ¿Dígame que le debo? - preguntó el coronel sacando de su pantalón la cartera.

Después de abonar la carrera, salió del coche y se puso a pasear por la calle Paraíso. No tenía ni idea de dónde podría estar Rosario, si es que estaba en esa calle y en esa ciudad. Aurelio había seguido su instinto y había respondido a lo que su corazón le pedía, pero probablemente había errado como tantas otras veces.

Terminó su paseo junto a las tapias rojas de un colegio y desde allí, pensando ya que había hecho una locura viéndole de Ourense divisó un mastodóntico edificio de ladrillo que tenía toda la pinta de ser un hospital. Cruzó la calle y se dispuso a subir por una rampa de hormigón hasta lo que parecía ser la puerta de entrada y antes de que alcanzara su objetivo, el sonido de la sirena de una ambulancia le confirmó que estaba en lo cierto: había llegado al Hospital Clínico Universitario de la ciudad.

Desesperado por no saber dónde buscar ni a quién acudir, entró en la zona de urgencias y se acercó a la ventanilla de información, con el corazón latiendo a toda velocidad, para preguntar si Rosario Velasco estaba ingresada. Espero un rato hasta que llegó su turno y finalmente pudo preguntar a la señorita que atendía la ventanilla.

- A ver, majo, me sale una Rosario Velasco que está ingresada en la planta siete. ¿Puede ser ella?

- No sabría decirle - respondió con franqueza el coronel- pero puedo subir y comprobarlo.

- No, no. Ahora no son horas de visita. Le apunto el número de la habitación y el teléfono para que llame mañana.

Aurelio cogió el papel que le ofrecía la señorita de la ventanilla y se lo guardó en el bolso.

Intentó salir de la zona de urgencias pero en vez de dar con la puerta de la calle dio con la que daba al centro hospitalario y después de recorrer unos pasillos se encontró de pronto en un vestíbulo vacío, iluminado solo por la luz del ascensor, que se abría y se cerraba como la puerta del cielo.

El coronel pensó de nuevo que ese ascensor abierto era una prueba más que le ponía el destino. Sin pensarlo, entró de un salto en el elevador abierto y marcó el número siete en el cuadro de mandos. Mientras subía, sacó el papel que le habían dado y comprobó sin sorpresa que la habitación que tenía que buscar era precisamente la 707. Nada más salir del ascensor en la séptima planta comprobó que, como en un laberinto, ante sí se encontraban cuatro alas diferentes nominadas con los nombres de los puntos cardinales. Después de revisar una por una, comprobó que la habitación que buscaba se encontraba en la zona norte y se pegó a la puerta que daba acceso a ese ala para esperar que alguien abriera.

Fueron solo minutos pero le parecieron horas. Al final, una fumadora salió al pasillo y el coronel pudo colarse en el ala norte. Al fondo del pasillo se veía a un par de enfermeras sentadas detrás de una mesa y algunas personas, probablemente familiares de enfermos, apoyadas delante de las puertas de las habitaciones. El coronel fue pasando por la 701, por la 702, por la 703 y a medida que se iba acercando su respiración se entrecortaba y su corazón no dejaba de latir con fuerza. Ante la puerta 707 se paró un segundo y tomó aire. Con mucho cuidado, como si

no quisiera despertar a nadie, abrió la puerta y encontró una única cama, que estaba vacía y sin vestir como si hiciera poco tiempo que se hubiese utilizado.

Ante la sorpresa que acababa de llevarse, el coronel respiró aliviado. De nuevo las lágrimas volvieron a caer por sus mejillas y un sollozo casi infantil comenzó a salir de su boca seca por el estrés del momento. En el fondo se sentía contento de no encontrar allí a Rosario, pero por otro lado seguía con la angustia de no saber dónde buscarla.

Así estaba cuando desde el pasillo central apareció una enfermera.

- ¿A quién busca? - le preguntó a bocajarro.

- A Rosario Velasco - respondió el coronel.

- ¿Es usted familiar?

- Puede decirse que sí.

- Pues tengo que comunicarle que ha fallecido hace una hora. No sabíamos a quién llamar porque ella solo dejó el teléfono de una persona... que me parece que vive en Galicia. Déjeme que lo compruebe - dijo mientras pasaba las hojas de una especie de listado que traía consigo -. Sí, aquí está: nos dejó un teléfono de Ourense y un nombre que me parece que es Aurelio, ¿Puede ser?

En esos momentos el coronel ya se había venido abajo. Acertó a sentarse en una silla y comenzó a llorar sin ningún pudor como probablemente no lo hubiera hecho nunca en su vida.

Ilustración: Pablo Moncloa

■ ■ ■